

EL ANGEL DE LA GUARDA



(A E. C.)

Tiene el ángel feliz á quien adoro
La túnica de nieve, el arpa de oro,
Largos cabellos y perfil de luz...
Acentos para mí desconocidos...
Es un ángel de párpados caidos
Que sueña los misterios de la Cruz.

Peregrino en un valle de aventuras,
Alza como las sacras esculturas
La frente al cielo do su silla ve:
Larga estela de luz deja en la sombra;
Y es el polvo dorado de la alfombra
Que tendiera el Señor bajo su pié.

Del dolor de los tiempos en que vivo
Tiene acaso su rostro pensativo
La huella melancólica y fatal.
Quizá un recuerdo bélico le abate;
Y en su cinto la espada de combate
De las trompas espera la señal.

De Jesús á las voces postrimeras
Abatió en el Calvario las banderas
Y corrió de los cielos el crespón;
Retó á la multitud blasfema y loca;

Y al chocar de sus armas en la roca
Vibró la subterránea convulsión.

Hoy que mis quejas débiles escucha,
Me muestra sobre el campo de la lucha
Bella aurora en plácido confin;
A mi ruego se inclina cuando lloro
Como doblan sus cálices de oro
Las blancas azucenas del jardín.

Sacude de su falda lindas flores,
Y sus brazos cual blancos ceñidores
Me oprimen dulcemente el corazón;
Y yo escucho sus pláticas sabrosas
Como el niño que sueña bellas cosas
Y no sabe decirnos cuáles son.

En las horas más largas y sombrías
De los amargos fatigosos días
Pulsa á mi lado el plectro de marfil:
Parecen sus acordes inseguros
Revelación de júbilos futuros
O recuerdos de flor y de pensil.

Son murmullos y pláticas y quejas
Que brotan de los muros y las rejas...
Blandos himnos y salmos de dolor,
Con que aroman sus días sin recelos
Mis hermanas que llevan en sus velos
Las blancas primaveras del Señor.

Ver mi pálida sombra me imagino
Como nube que avanza sin destino
Perdida en una atmósfera sin luz:
Herido va mi corazón doliente
Cual cadáver que lleva la corriente,
Como la corza que arrastró el alud.

Ayer nacida... moriré mañana.
Del búcaro que adorna mi ventana
He visto muerta la primera flor:
Hoy de sus hojas resbaló el rocío;
Y oí que murmuraba el ángel mio:
«Es el llanto postrero del amor.

Esas lágrimas tristes y sonoras
Derraman las mujeres en las horas
En que huye esquivá la fortuna infiel.
Pródigas de un amor tierno y oscuro:
Pasionarias nacidas en el muro,
Al derrumbarse morirán con él.

¿Qué importa que con ímpetus fatales
Duros celos armados de puñales
Disputen los tesoros de su amor
Si al caer prisionera en rudas manos
Es inútil conquista de villanos
Y botín del infame salteador?

Los hijos que despiertan en su lecho
Bebieron los dolores de su pecho
Con voz de llanto y trémulos de afán:
Mañana en aventuras aguerridos,
Pájaros olvidados de sus nidos,
A su seno de amor no volverán.

Triste es su vida si regando abrojos
Agotadas las fuentes de sus ojos,
Perdido el fruto de sus sueños ve;
Y sordo el mundo á su clamor y ruego,
Como al árbol lamido por el fuego
La desventura le conserva en pié».

Tales cosas dijera el ángel mio
Al rodar una perla de rocío
Del cáliz muerto de la triste flor:

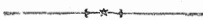
Hay en ello quizás oscuro emblema
O la estrofa perdida de un poema
Que las vírgenes cantan al Señor.

Espíritu feliz á quien adoro!
Cuando pulse otra vez el arpa de oro
Y alce su frente con perfil de luz;
Revelaré á los hombres los gemidos
De ese jóven de párpados caidos
Que sueña los misterios de la Cruz.

FRANCISCO ITURRIBARRIA.

Enero 1.º 1893.

VALEROSO I



(CUENTO)

Había en tiempos un rey piadoso, caritativo, valiente y que concedía su protección á toda criatura necesitada.

Regentaba los destinos de su pueblo bajo el nombre de Valeroso I y sus administrados le idolatraban por sus bellas prendas personales.

Dios en sus altos designios dispuso poner á prueba su fortaleza y ordenó á un ángel de la corte celestial que, adoptando la figura de milano, se diera en perseguir á otro ángel disfrazado de paloma.

La paloma objeto de la persecución, asustada, se refugió en los brazos del monarca, y entonces el milano, imitando la voz humana, dijo al rey:

—¡Oh poderoso y magnánimo señor!, soltad esa paloma, es mi único alimento, y estoy expuesto á morir de hambre. Considerad que si me la negais podeis causar una desgracia.

¿Quereis tener ese remordimiento?

A lo que Valeroso respondió:

—Esta paloma ha encontrado refugio en mis brazos y yo no la he